

CRÍTICA COORDINAN: FRANCISCO MORALES LOMAS Y REMEDIOS SÁNCHEZ

La página de los libros

Análisis semanal de las novedades literarias



El 4 de marzo de 1922 se estrenó en Berlín 'Nosferatu, una sinfonía del horror', también conocida como 'Nosferatu el vampiro' o sencillamente 'Nosferatu', un plagio solapado del 'Drácula' de Bram Stoker, cuya influencia puede rastrearse en cineastas contemporáneos como Robert Eggers, quien por cierto hace años anunció un remake de esta película, finalmente frustrado. 'Nosferatu' es una de las obras cumbres de Friedrich Wilhelm Murnau, a quien las nuevas generaciones de cinéfilos podrían conocer mejor gracias a la pulcra monografía de Manuel Lamarca Rosales, publicada dentro de la colección 'Signo e Imagen' por Ediciones Cátedra.

«El año 1922 fue el más prolífico en la carrera de Murnau –recuerda Lamarca Rosales–, ya que filmaría y estrenaría cuatro largometrajes consecutivos». La suerte de estos cuatro títulos revela cuál ha sido la de Murnau en concreto y la del cine mudo en general: se conservan solo trece minutos del primero de ellos, Marizza, la madona de los contrabandistas; el segundo, La tierra en llamas, se consideró perdido hasta 1978, cuando se supo que un sacerdote italiano –«que organizaba proyecciones en hospita-

JOSÉ ABAD

El poeta del claroscuro



FRIEDRICH WILHELM MURNAU

Manuel Lamarca Rosales. Madrid, Cátedra, 2022

les psiquiátricos», explica Lamarca Rosales– guardaba una copia; el tercero, Nosferatu, habría desaparecido de haberse aplicado la sentencia judicial que siguió a la denuncia por plagio de la viuda de Stoker que obligaba a la destrucción de los negativos y de todas las copias existentes; la cuarta película de 1922, El nuevo Fantomas, invisible durante décadas, se restauró solo recientemente. Estos casos no son excepciones, sino la norma. Según los cálculos más halagüeños, el 25 % del cine realizado en el período mudo está irremisiblemente perdido, pero el porcentaje quizás sea mayor. De los veintinueve largometrajes dirigidos por Murnau se conservan solo doce; entre las obras perdidas hallamos algún título tan prometedor

como La cabeza de Jano, una adaptación esquiva de El extraño caso del Doctor Jekyll y Mister Hyde de Robert Louis Stevenson, de la que también se apropió indebidamente.

Pese a ello, pese a esta filmografía trunca, Murnau se erige como uno de los maestros indiscutibles del Séptimo Arte, un poeta del claroscuro, que llevó la estética del Expresionismo a sus más altas cotas; ahí están El último (1924), Fausto (1926) o, ya en los Estados Unidos, esa Obra Maestra total que es Amanecer (1927). El cinéfilo de verdad, el que sabe que hay vida más allá de Netflix, haría bien en darle una oportunidad a este cine de antaño. De ese viaje al confín regresará con los ojos llenos de maravillas.